

Literatura y poder

El sentido de la palabra escrita ante los embates de la realidad

SERGIO BERLIOZ

La palabra escrita no es otra cosa que una sucesión de ideogramas evolucionados a los actuales signos gráficos, pero detrás de esta simple fachada la referencia y los múltiples sentidos que las palabras han vivido y sufrido desde el nacimiento de los alfabetos son proyectiles que, hábilmente calibrados, llegan a donde deben ir.

Desde hace dos entregas hemos venido trabajando una visión incompleta pero ilustrativa de la literatura y el poder. El escritor consciente conoce la fuerza que contiene su pluma y su mayor recurso, la imaginación, va y viene hacia la realidad y regresa de ella: "La imaginación literaria se ha adelantado a la falta de imaginación política", reflexiona el escritor mexicano Carlos Fuentes en la clausura de los cursos de verano de la Universidad Complutense en El Escorial, y continúa, "el drama de la modernidad ha sido su carácter excluyente, el éxito de la modernidad que se inicia es el triunfo de la diversidad... Y la imaginación literaria es el salvavidas en las aguas turbulentas del caos. (...) ¿Puede alguien imaginar Londres sin Dickens; París sin Balzac; Oviedo sin Clarín, el amor sin Romeo y Julieta? ¿Alguien puede concebir el mundo sin Don Quijote de la Mancha?"¹

La reflexión a posterior es el más grande todos los componentes del arte y en especial de la palabra impresa, quizá sea ésta la causa de que entre todos los creadores los escritores ocupen la mayoría de los puestos destinados a la cultura, la diplomacia e incluso la política, frente a pintores, músicos y arquitectos. Esto no quiere decir que la literatura se imponga a las otras manifestaciones artísticas, simplemente comparte el mismo lenguaje con el común de la gente, distinto que el abstracto de la música o el técnico (pero habitable) de la arquitectura.

Por ello el poder de la literatura al reflexionar y clarificar el poder político y social del hombre, puede llegar a todos por igual, tanto víctimas como verdugos, alentar cambios y advertir tendencias negativas. Muchos califican a este tipo de lectura como comprometida..., sí, con el hombre.

Broch: la voz de las verdades calladas

"O Mensch! Gib Acht! Was spricht die tiefe Mitternacht?" (¡Oh, hombre! ¡Pon atención! ¿Qué es lo que dice la profunda noche?) pregunta el filósofo alemán Friedrich Nietzsche (1844-1900) en *Así habló Zaratustra* (1883-4). La noche, que licúa con su oscuridad todos los misterios invita al hombre a revelarla a través del conocimiento. El arte, y en este caso la literatura o la poesía no es un escaparate, es un enfrentamiento desnudo y tangible con nosotros mismos y el mundo, así el poeta y filósofo austriaco Hermann Broch (1886-1951) se hace una pregunta en su obra poética *Voces* (1942) que pide más respuestas que las

dadas por él mismo a sus lectores. Broch parte de una pregunta que se hace tres veces, al principio de cada una de las divisiones que contiene el largo poema y constituye parte del subtítulo, el cual enmarca los difíciles momentos que su autor y Europa entera sufrían. Así vemos que la pregunta "¿Por qué tienes que hacer poesía?" en la primera parte titulada simplemente con la fecha "1913"; es decir, un año antes de que estalle la Primera Guerra Mundial que destruirá la aparente estabilidad del viejo continente, Broch da una primera respuesta (multiplicada por los muchos lectores de esta obra): "Para descubrir otra vez mi juventud". En la segunda parte del poema titulado "1923", que corresponde a los difíciles años de la depresión económica, la pregunta "¿Por qué tienes que hacer poesía?" es contestada: "Para informar de todas nuestras negligencias"; mientras que en la tercera y última parte, "1933", recordado principalmente por ser el año en que Hitler subió al poder, la misma pregunta es respondida: "Tierra de Promisión de la despedida, ¡Oh, presentimiento de profundos abismos!". La obra avanza como toda Europa en esos 20 años y Broch nos pide, nos suplica en esta tercera sección: "Descúbrete y piensa en las víctimas. Pues sólo el que siente la soga en su cuello se da cuenta de la brizna de hierba que se agita en el viento por entre los adoquines que hay bajo el cadalso" ². El poeta pone el dedo en el llaga: todos debemos sentir un dolor con la lectura que ya no nos es extraño, porque ahora somos nosotros, sus lectores, los que gracias a las palabras hechas realidad por la reflexión, estamos ahí.

Estas palabras que se prolongan cada vez más gracias a sus múltiples lecturas parece que no son lo suficientemente amplias, anchas y profundas contra una realidad que no les concede lugar, ¿palabras sabias en territorio estéril?, quizá eso fue lo que la noche del 3 de diciembre de 1937 ocasionó que el joven poeta húngaro Attila József, de 32 años de edad, se lanzara bajo las ruedas de un tren.

Yo soy quien grita

József conoció la desesperanza, la pobreza y el desamparo de la gente de su generación, la que vivió el fin del imperio Austro-húngaro hasta el advenimiento del fascismo. Con una lucidez y sensibilidad extrema, József analiza por medio de una sutil y afilada pluma la espina dorsal de su mundo:

*¡Oh! Europa tiene muchas fronteras,
y en las fronteras muchos asesinos.
No me hagas llorar por la muchacha
que en un par de años más habrá partido³*

Como su contemporáneo, el compositor húngaro Béla Bartók (1881-1945) que llamaba con su propia obra musical la esencia de la gente en su sentido universal con su frase: "Yo no rechazo ninguna influencia, sea de fuente eslovaca, rumana, árabe o de cualquier otro sitio, con tal de que sea de una fuente pura, fresca y sana"

Attila József extiende su grito a toda una época previa al peor conflicto armado de la historia:

*No soy yo quien grita: es la tierra que ruge.
¡Cuidado! ¡Cuidado! ¡El diablo ha enloquecido!
Escóndete en el fondo limpio de los manantiales,
fúndete al cristal de la ventana, ocúltate tras los fuegos de los diamantes,
escóndete en el pan recién salido del horno.*

*Oh, tú, pobre, mi pobre.*⁵

Gunter Grass: la moral y los bufones

No todos los escritores creen que la palabra escrita baste para cambiar al mundo, hay que participar personalmente: "A pesar de que hay muchísimo que hacer", manifiesta el escritor alemán Günter Grass (1927) con su particular estilo sarcástico, "mucho más de lo que pudiera expresar con manifiestos y protestas (...) muchísimos escritores, conocidos y desconocidos, quienes, lejos de la petulancia de querer ser la *conciencia de la nación*, en ocasiones vuelcan su escritorio... y se dedican a las nimiedades de la democracia. (...) Cobremos conciencia de ello: el poema no conoce las transigencias, pero nosotros vivimos de ellas".⁶

El autor de *El tambor de hojalata* en más de una ocasión ha dejado a un lado la pluma de escritor para participar activamente en los caminos de la democracia alemana. Militante del Partido Socialista Alemán pero sin ser miembro activo, amigo personal de Willy Brandt y severo crítico de la historia de su país, particularmente de la historia posterior al fin de la Segunda Guerra Mundial que él vivió cara a cara, Nicole Casanova, en una entrevista al escritor, le preguntó si el artista debe tener un sentido moral, a lo que contestó Grass: "No sé si debe, pero de modo natural lo tiene. Aunque sólo sea por su trabajo, confrontando en sus obras realidades presentes, heredadas o consagradas, sean políticas, sociales o religiosas, con su contraimagen; es decir, poniendo esas realidades en tela de juicio, tiene forzosamente una moral. Expresa dudas respecto de los datos existentes, respecto de las normas, respecto del acuerdo general que decide qué es moral, qué es bello, qué es útil. Este poner en tela de juicio las convenciones y las normas es un comportamiento necesario y moral. Es importante —concluye Grass—, también, que el artista, como ciudadano (calidad que reivindico para mí mismo), no se comporte de modo excéntrico, que pague sus impuestos, que busque un consenso en la política, que se defienda contra el extremismo existencial del artista, profesionalmente liberado de cualquier compromiso".⁷

Grass no cree en el "compromiso" de la literatura, la ejerce como ciudadano. En un ensayo publicado en 1966, Grass se burla de las utopías de los escritores que con su palabra cambian al mundo: "... después de perder las elecciones parlamentarias, el candidato a canciller de la oposición no sabe qué hacer y llama al escritor que esto presenta. Este lo escucha, da su consejo, no se deja abrazar; y al día siguiente el mundo descubre, estupefacto, que los socialdemócratas han hecho tabla rasa del Programa de Godesberg, sustituyéndolo por un manifiesto que anima a la clase obrera, de manera mordaz, refulgente y al fin otra vez revolucionaria, a usar gorros altos. No, no se suscita una revolución, pues a pesar de su rigor, el manifiesto es tan objetivo que ni la iglesia ni el capital pueden desoír sus argumentos. El gobierno es entregado sin resistencia a los socialdemócratas, etcétera. (...) Estas utopías de poco aliento no tienen lugar; la realidad dispone de otra manera. No hay consejeros personales, no hay bufones. Sólo veo —y me incluyo a mí mismo en ello— a escritores y poetas desconcertados que dudan de su propio oficio, aprovechan o no aprovechan a medias sus diminutas oportunidades para influir en una actualidad a nuestro cargo, no como asesores, ciertamente, sino como actores".⁸

Lejos de contradecir o desmoronar la propuesta inicial de este ensayo, Grass nos propone revisar nuestras posiciones, ya que en la anterior cita se refiere de las numerosas propuestas de intelectuales, muchas de éstas ajenas a la realidad como ahora ocurre con numerosos tecnócratas que sí tienen injerencia en las decisiones fundamentales e incluso ocupan puestos de la más alta jerarquía, analizando al mundo desde sus computadoras,

pizarrones y "análisis de mercado". Grass aspira a contemporizar, a ser útil, a trabajar por un mundo mejor. Su crítica a la literatura "comprometida" va contra los soñadores, no contra los que la llevan a la práctica.

1. Jarque, Fietta. "Carlos Fuentes subraya la importancia de la imaginación literaria ante los cambios históricos", periódico *El País*, España, 19 de agosto de 1995, p.21.
2. Broch, Herman. *Voces* (traducción de María Angeles Grau), UNAM, Dirección General de Difusión Cultural, serie Poesía moderna N° 67, México, DF.
3. József. *¡Oh! Europa* (traducción de Fayad Jamís), UNAM, Dirección General de Difusión Cultural, serie Poesía moderna N° 47, México, DF.
4. Ibid, p. 5.
5. Mari, Pierrette. *Béla Bartók*, Espasa Calpe, España, 1974, p. 49.
6. Grass, Gunter. *Ensayos sobre literatura*, "De la falta de aplomo de los bufones que escriben en atención a cortes inexistentes", FCE, Breviario N° 515, México, DF. 1990, p. 77.
7. Casanova, Nicole. *Conversaciones con Günter Grass*, Editorial Gedisa, Col. Libertad y Cambio, serie Conversaciones, España, 1980, p. 202.
8. Grass, Günter. *Opus Cit.* p. 75.